

## Lección 2

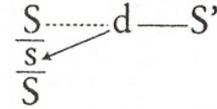
9 de diciembre de 1964

Le agradezco a mi público mostrarse tan atento ahora que retomo estos cursos. La última vez me pareció... tan numeroso. Comienzo con eso porque a decir verdad es parte de un problema que, diría yo, intentaré no solamente plantear hoy, [sino] respecto al cual quisiera definir algo que podría llamarse ¿cómo vamos a trabajar este año? Digo “vamos” al no concebir que mi discurso se despliegue en una abstracción profesoral de la que poco importaría en últimas quién saque provecho bien o mal ni por qué vía. En uno de esos ecos que no tardan nunca en llegarme justamente en razón de la especificidad de mi posición, supe que la última vez había sido didáctico, en últimas que sobre ese punto se me otorgaba una buena nota de progreso. Sin embargo eso no quiere decir que los haya tratado con consideración, si puedo decir, porque introducir el problema del que nos ocuparemos de entrada este año, el de la relación del sujeto con el lenguaje, de la manera como lo hice, a través de ese no-sentido, y permanecer allí, sostener su comentario, la pregunta, el tiempo suficiente para hacerlos pasar por vías, por desfiladeros que luego podía anular de un manotazo (entendámonos: en lo que concierne a los resultados, no al valor de la prueba), para al final hacerles admitir y casi diría, desde mi punto de vista, hacer pasar la bolita de una relación distinta, distinta de la del sentido, y apoyada, tal como lo hice, sobre las dos frases que hasta hace poco aun estaban en ese tablero, no puedo sino felicitarme de que tal discurso haya llegado a su meta.

Si es verdad que está la falla, cuya formulación emprendí la vez pasada, entre algo que captamos en ese mismo nivel en donde funciona el significante como tal y como lo defino (el significante es lo que representa al sujeto para otro significante), si es verdad que esta representación del sujeto, que aquello en lo cual el significante es su representante, es lo que se hace presente en el efecto de sentido y que haya entre eso y todo lo que se construye como significación, esa especie de campo neutro, de falla, de punto de azar, lo que llega a encontrarse no se articula en absoluto obligatoriamente. A saber: lo que vuelve, como significación, de una cierta relación (ya lo articulé la vez pasada), que está por definir, del significante con el referente, con ese algo articulado o no en lo real, sobre el cual, es al venir a repercutirse, digamos, por no decir más por ahora, que el significante engendra el sistema de las significaciones. Ésta es, sin duda, para quienes han seguido mi discurso pasado, acentuación nueva de algo cuyo lugar podrán volver a hallar indudablemente en mis esquemas precedentes y hasta ver allí que de lo que se trataba en el efecto de significado hacia el cual había de conducirlos para señalarles su lugar en el momento en que daba el esquema de la alienación el año pasado, que ese referente existía, pero en otro lugar, que ese referente era el deseo en tanto que se lo puede situar en la formación, en la institución del sujeto, cavándose en alguna parte por ahí, en el intervalo entre los dos significantes, esencialmente evocado en la definición del significante mismo; que aquí, no el sujeto desfalleciente en esta formulación de lo que se puede llamar la célula primordial

de su constitución, sino ya, en una primera metáfora, ese significado, por la posición misma del sujeto en trance de desfallecer, había de ser relevado de la función del deseo.

Fórmula sin duda esclarecedora para designar todo tipo de efectos genéticos en nuestra experiencia analítica, pero relativamente oscura si tenemos que ubicar aquello de lo que se trata a fin de cuentas: esencialmente de la validez de esta fórmula y, para decirlo todo, de la relación del desarrollo, tomado en su sentido más amplio, de la posición del sujeto, tomado en su sentido más radical, con la función del lenguaje.



Si esas fórmulas, producidas de una manera aun más aforística que dogmática, se dan como puntos de apoyo a partir de los cuales puede juzgarse o por lo menos seriarse la gama de las formulaciones diferentes que se le dan en todos los niveles en que este interrogante intenta, busca, proseguirse de una manera contemporánea, ya sea por el lingüista, el psicolingüista, el psicólogo, el estratega, el teórico de los juegos, etc., el término que planteo y, en primer lugar, el del significante que representa al sujeto para otro significante, tiene en sí mismo algo exclusivo que recuerda que al intentar trazar otra vía respecto al estatuto que habría que darle a tal o cual nivel concebido del significado, se arriesga seguramente algo que, más o menos, anula, se salta una cierta falla y que antes de dejarse atrapar allí, convendría tal vez echarle una segunda mirada.

Al menos ésa es posición, yo diría casi imperativa que por supuesto sólo puede sostenerse intentando una referencia que no sólo se apoye en un desarrollo adecuado de las teorías con los hechos, sino que, también, encuentre su fundamento en alguna estructura más radical. Y asimismo todos los que pudieron seguir lo que desarrollé hace algunos años ante ellos saben que hace tres años, en un seminario sobre *La identificación*<sup>88</sup> (no deja de tener relación con lo que les traigo ahora), me vi llevado a necesitar de cierta topología que me pareció imponerse, surgir de esta misma experiencia, la más singular, a veces, a menudo, tal vez siempre, la más confusa posible, aquélla con la cual tratamos en el psicoanálisis, a saber, la identificación.

Con seguridad, esta topología es esencial para la estructura del lenguaje. Hablando de estructura, no se puede dejar de evocarla. El primer comentario, yo diría incluso: el primario, es que, por muy desarrollado que debamos concebir el discurso en el tiempo, si hay algo para lo cual el análisis estructural, tal como se ha operado en lingüística, está hecho para revelarnos, es que esta estructura lineal no es nada suficiente para dar cuenta de la cadena del discurso concreto, de la cadena significante, que sólo podemos ordenarla, acordarla, bajo la forma de lo que se llama, en la escritura musical, un pentagrama, que es lo menos que tenemos para decir, y que a partir de entonces, ¿cómo concebir el asunto de la función de esta segunda dimensión? Y si esto es algo que nos obliga a considerar la superficie... ¿bajo qué forma? ¿Bajo la forma en que hasta ahora ha sido formulada en la intuición del espacio tal como, por ejemplo, puede inscribirse de manera ejemplar en la Estética trascendental? ¿O si es otra cosa? ¿Si la superficie es tal y como se teoriza precisamente en la teoría matemática de las superficies tomadas estrechamente bajo el ángulo de la topología? Si esto nos basta, en resumen, si este pentagrama, este pentagrama

sobre el cual conviene inscribir toda unidad de significante, en el cual toda frase tiene sus cortes, ¿cómo viene este corte a ceñir, a *striger*, a seccionar este pentagrama en las dos extremidades de la serie de esas medidas? Digamos que en este lugar hay más de una manera de interrogarse; que hay haces de haces<sup>i</sup>. Seguramente no es demasiado pronto para replantear ante esta estructura el asunto de si, en efecto, como hasta el presente ha pasado por evidente en un cierto esquematismo natural, el tiempo ha de reducirse a una sola dimensión. Pero dejémoslo por el momento.

Y para limitarnos a esa curiosa fluctuación en el nivel de lo que puede ser esta superficie, ya lo ven, siempre indispensable para todas nuestras ordenaciones, voy a necesitar justamente de las dos dimensiones del tablero. Además es evidente que cada línea no<sup>ii</sup> tiene una función homogénea con las demás. Y simplemente, en primer lugar, para quebrantar el carácter intuitivo de esta función del espacio, en tanto que puede interesarnos, me dirigiré a hacer notar, a recordar, que en esta primera aproximación, que ya evocaba en los años precedentes, a una cierta topología muy estructurante de lo que ocurre con el sujeto en nuestra experiencia, aquello de lo cual había sido llevado a servirme, es algo que en nada hace parte de un espacio que parece de tal modo integrado a nuestra experiencia, y del que puede decirse que ante este otro que merece el nombre de espacio familiar, pero también particular, se trata de un espacio llamémoslo menos imaginable o hasta inimaginable, pero en todo caso un espacio con el que conviene familiarizarse, para tal paradoja que podemos volver a encontrar allí con facilidad, o tal ausencia de previsión del hecho de que ustedes sean introducidos en él por primera vez. Excúsenme si traigo aquí, a manera de distracción algo cuya forma volveremos a hallar posiblemente después, créanme.

Esos elementos topológicos, respectivamente, para hablar de aquellos sobre los cuales he puesto el acento, el agujero, el toro, el *cross-cap*, están verdaderamente separados por una especie de mundo que los distingue de las formas (llamémoslas como las llamaron los gestaltistas), de las cuales hay que decir claramente que dominaron el desarrollo de una parte de toda una geometría, pero también de toda una significancia. No necesito remitirlos a investigaciones bastante conocidas y de mucho mérito, citemos sólo de paso *Las metamorfosis del círculo*<sup>129</sup> de Georges Poulet, pero habría muchas más para recordarnos que a través del siglo fue la significancia de la esfera, con todo lo que tiene de exclusiva, la que dominó todo un pensamiento, tal vez toda una edad del pensamiento, y que no es solamente al verla culminar en tal gran poema, poema dantesco por ejemplo, que podemos sondear, medir, la importancia de la esfera, y hasta con lo que podemos relacionarle como perteneciente a su mundo, el cono, implicando todo lo que ha sido admitido en la geometría

---

<sup>i</sup> Que puede haber una gran diferencia de valores en una misma categoría de objetos [N. del T.]

<sup>ii</sup> La mayor particularidad con que se encuentra la traducción de este capítulo es un uso deliberado de la palabra *point* en vez del habitual *pas* de la negación en francés. Sin temor a equivocarse, puede decirse que, dado el contenido de la lección, que subraya “la ambigüedad de la palabra *pas*, negación, a la palabra *pas*, sobrepaso” (cfr. la nota 6 de la lección anterior y la siguiente de esta), el autor evita los malentendidos que pueda ocasionar su uso indiscriminado. No obstante, no por ello el autor ha eliminado todos los *pas* de su discurso, y no es claro, a primera vista al menos, algún sentido adicional en estas ocasiones. Por otra parte, debe recordarse que hay otras formas de negar en francés que prescinden del *pas*, que igualmente están profusamente presentes aquí. No puede decirse, sin embargo, que lo estén en mayor medida que en otros capítulos [N. del T.]

como sección cónica; ése es un mundo del que difiere aquel que introducen las referencias a las cuales aludí hace poco.

Les mostraré un ejemplo, interrogándolos por supuesto. No voy a tomar ninguna de esas estructuras topológicas que ya enumeré porque en cierta manera son demasiado complicadas para nuestro objeto por el momento (el del choque que espero provocar), y además, si tomo la forma más familiar, aquella que todo el mundo termina creyendo haber hecho entrar en su horizonte auditivo, la de la banda de Mœbius... ¿acaso necesito recordarles qué es? Aparentemente ven dos de esas, no tengan en cuenta la multiplicidad del espesor (ya verán pronto qué quiere decir) sino simplemente la forma que hace que algo, que al principio podría ser, si quieren, como un segmento de cilindro [figura II-1] porque al mismo tiempo se podría recorrer la pared (me expreso adrede en términos relativos a la materia), el objeto, la inversión que se opera desemboca en la existencia de una superficie cuyo punto más notable es que sólo tiene una cara, a saber que, independientemente del punto de donde se parta, se puede llegar, haciendo el camino restante sobre la cara de la que se partió, a algún punto cualquiera de lo que podría hacerse creer que es una cara y la otra. Sólo hay una. E igualmente es cierto que sólo tiene un borde. Seguramente esto supondría el planteamiento de todo tipo de definiciones, por ejemplo la definición de la palabra borde, que es esencial, y que para nosotros puede resultar siendo de la mayor utilidad.

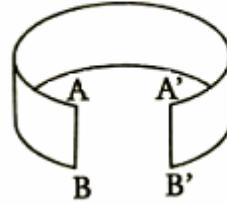


Fig. II-1

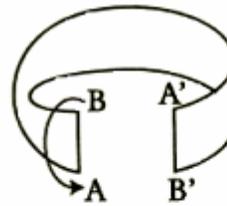


Fig. II-2

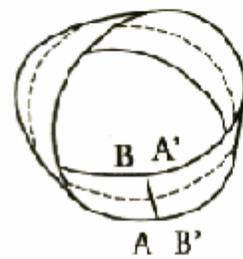


Fig. II-3



Lo primero que quiero que noten es esto, lo cual sólo será para los más novatos. Al estimar este mismo objeto, diría yo que ustedes pueden prever, si aun no lo saben, lo que sucede, habiendo ya constituido esta superficie: ¿qué sucede si se la corta sosteniéndose siempre muy exactamente a la misma distancia de sus bordes [figuras II-2 y 3], es decir, si se la corta en dos longitudinalmente? Por supuesto, todo aquel que haya abierto cualquier libro al respecto sabe lo que pasa. A saber, da lo siguiente: no la superficie dividida sino una banda continua, que tiene de hecho la propiedad de poder reproducir exactamente la forma de la

primera superficie recubriéndose a sí misma. En resumen, es una superficie que no se puede dividir, por lo menos con el primer tijeretazo.

Hay otra cosa más interesante y que pienso que ustedes no habrán hallado en los libros, puesto que yo no la vi en absoluto. Se trata del problema siguiente: Una vez constituida la superficie ¿puede ser duplicada, recubierta, por otra que viniese a aplicarse directamente sobre su forma? Al hacerlo es fácil darse cuenta que al duplicar con una superficie exactamente igual a la primera aquella que vamos a aplicar sobre ésta [figura II-4], logramos como resultado que la terminación de la segunda banda que habíamos introducido en el juego, se enfrente a la otra terminación de la misma banda (ya que por definición dijimos que esas superficies son iguales), pero esas dos terminaciones estarán separadas por la primera banda; en otras palabras, sólo podrán juntarse atravesando la primera superficie. Esto no es evidente, y se descubre con la experiencia [...] está además en estrecha solidaridad con el primer resultado que les evocaba, de hecho más conocido.

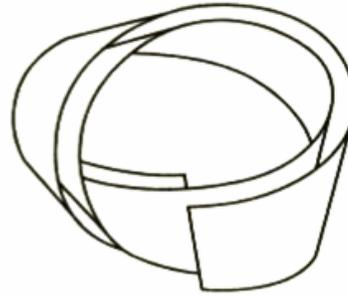


Fig. II-4

Admitan que este atravesamiento necesario de la superficie por la superficie que la duplica es algo que puede resultarnos bastante cómodo para significar la relación del significante con el sujeto. Quiero decir: ante todo el hecho que ha de recordarse siempre, de que el significante no podría en ningún caso significarse a sí mismo, salvo si se desdoblara. Punto muy frecuentemente olvidado, si no siempre ¡y por su puesto olvidado de la manera más inconveniente, allí donde convendría recordarlo más! Por otra parte, tal vez sea en relación con esta propiedad topológica que debemos buscar ese algo inesperado, fecundo si puedo decir, en la experiencia, que podemos reconocer por ser comparable en todo aspecto con un efecto de sentido.

Llevo aun más lejos este asunto cuyas implicaciones mucho más sensibles tal vez podrán ver más tarde. Seguramente si continuamos el cubrimiento de nuestra superficie primera, banda de Möbius, con una superficie que esta vez no sea equivalente a su longitud sino el doble [figura II-5], llegaremos en efecto, si acaso estas palabras tienen algún sentido, a envolverla *por dentro y por fuera*. En efecto, esto es lo que se realizó aquí. Entiendan que en la mitad hay una superficie de Möbius y alrededor una superficie del tipo de la superficie desdoblada que hace poco corté con tijeras por la mitad, lo cual la recubre, repito, si esas palabras tienen algún sentido, *por dentro y por fuera*. Entonces ustedes constatan que esas dos superficies están anudadas. En otras palabras, y esto de manera tanto necesaria como poco previsible para la intuición simple, que está ahí justamente para darnos la idea de que la cadena significante (mucho a menudo las metáforas

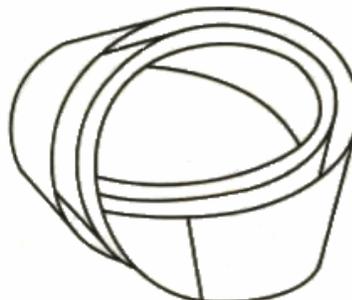


Fig. II-5

alcanzan una meta a la que previamente sólo creían encaminarse de manera aproximada), que la cadena significativa tiene un sentido tal vez mucho más pleno (en el sentido en que implica eslabones, y eslabones que se encajan) del que le suponíamos al principio.

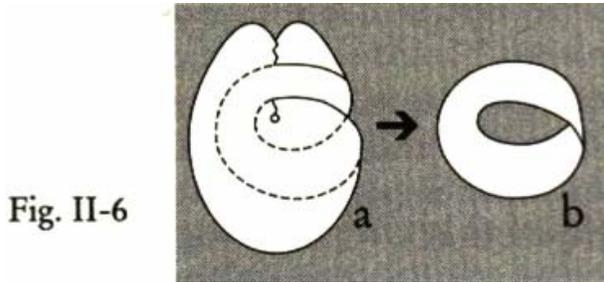


Fig. II-6

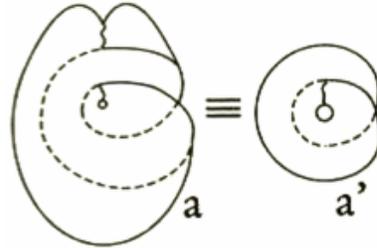


Fig. II-7

Tal vez siento algo como una vacilación ante el carácter un tanto distante de lo que acabo de aportar aquí, en relación con nuestros problemas. No obstante la división del campo que puede aportar esta estructura, la superficie de Möbius, si la comparamos con la superficie que la completa en el *cross-cap* [figura II-6a] y que es un plano dotado de propiedades especiales, no sólo está deformado; es algo respecto a lo cual sólo puede decirse de hecho lo siguiente: que trae consigo su juntura eventual a través de una superficie de Möbius: el ocho interior, como lo llamé [figura II-7].

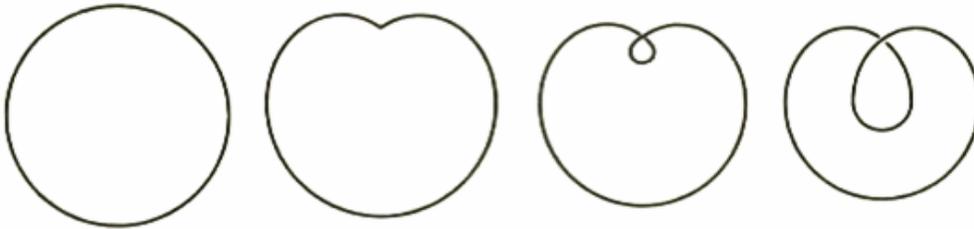


Fig. II-8

Imaginen esto, en donde todavía se trata de llenarlo con una superficie imaginaria, imagínenlo simplemente como un círculo. Para darles una imagen simplemente, imaginen primero esta forma de un corazón, y que esta parte, la de la derecha, se monte poco a poco sobre la de la izquierda, como finalmente la ven hacerlo [figura II-8]. Queda claro que los bordes son continuos, que la homología, el paralelismo si quieren, en la cual entran, respecto a su opuesto, esos bordes, es lo que les permite alojar allí más fácilmente una superficie como la banda de Möbius [figura II-9]. Siguiendo la superficie que engendrarán, siguiéndola de esta manera, con el espacio entre los bordes enfrentados, obtendrán efectivamente esta especie de inversión de esta superficie que es lo que les decía hace poco que constituye la definición misma de la banda.



Fig. II-9

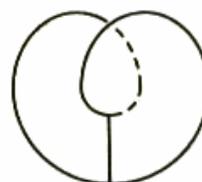


Fig. II-10

¿Pero qué sucede aquí si completamos esta superficie con la otra? Que la banda de Möbius corta necesariamente dicha porción en un punto, de hecho entonces en una línea, cuya

localización importa poco, pero que para la intuición resulta más evidente aquí [figura II-10].

¿Qué quiere decir? Que si eventualmente pusiésemos a funcionar tal corte, a la manera (aunque en el lugar de lo que se sirve la lógica de clases tomadas en extensión) de lo que se llaman los círculos de Euler, podríamos evidenciar ciertas relaciones esenciales. Mi discurso no me permite llevar esto hasta el final, pero sepan que, en lo concerniente a un silogismo tan problemático por ejemplo como este:

*Todos los hombres son mortales*  
*Sócrates es un hombre*  
*Sócrates es mortal,*

(silogismo para el que espero que haya aquí un cierto número de oídos que tengan a bien aceptar el debate sobre algo diferente a la significación, o sea lo que yo llamé el otro día el sentido), que ese silogismo tiene algo que nos retiene y que además la filosofía nunca lo ha expuesto de entrada ni en un contexto puro, que no se halla en ninguna parte de *las Analíticas*<sup>4</sup> de Aristóteles, quien, supongo yo, se habría cuidado muy bien de hacerlo. Ciertamente no porque fuera simplemente el sentimiento de reverencia o de respeto el que le hubiera impedido colocar a aquel de donde provenía todo un pensamiento en juego con el común de los hombres, sino que no es seguro que el término Sócrates, en ese contexto, pueda ser introducido sin prudencia.

Y hemos entonces llevados (con esto anticipo) al pleno centro de un asunto del tipo que precisamente nos interesa. Es singular que en un momento de florecimiento de la lingüística la discusión sobre lo que es el nombre propio esté enteramente en suspenso, quiero decir que si ha resultado exacto que se han publicado todo tipo de trabajos notables, que se han tomado todo tipo de posiciones eminentes sobre la función del nombre propio frente a lo que aparentemente va de suyo, la primera función del significante: la denominación, seguramente y para simplemente introducir lo que quiero decir, lo que sorprende es que cuando uno se introduce en uno de los desarrollos diversos tan categorizados que sobre ese tema han sido llevados hasta un verdadero valor, diría yo, de fascinación sobre todo aquel que lo advierta, resulta con demasiada regularidad, cuando se lee cada autor, que todo lo que dicen los demás es de lo más absurdo. Esto es algo bien destinado a retenernos y a introducir, diría yo, ese rincón, ese breve sesgo en el asunto del nombre propio, algo que empezaría por esto tan simple: Sócrates; y yo creo que al final ya no habrá manera de evitar este recelo, esta primera incumbencia. Sócrates es el nombre de aquel que se llama Sócrates. Lo que no es decir lo mismo, pues está el Sócrates bonachón, el Sócrates de los compañeros, y está el Sócrates *designator*. Hablo aquí de la función del nombre propio; es imposible aislarlo sin plantear la pregunta sobre lo que se anuncia a nivel del nombre propio. Que el nombre propio tenga una función de designación y hasta del individuo como tal (tal como se ha dicho, lo cual no es cierto, ya que al adentrarse por esa vía se desemboca en absurdos), que tenga ese uso no agota totalmente la pregunta sobre lo que se anuncia en el nombre propio. No es suficiente. Me dirán ustedes: ¡Dígalo, pues! Pero justamente esto necesita, de hecho, de cierto rodeo.

Aunque seguramente ésa es justo la objeción que tenemos que hacerle al *Sócrates es mortal* de la conclusión, pues es seguro que lo que se anuncia en Sócrates está en una relación enteramente privilegiada con la muerte, pues si existe algo de lo cual estemos seguros sobre este hombre del que nada sabemos, es que él pedía la muerte, y en estos términos: “A mí, tómenme tal como soy, Sócrates el atópico, o si no mátenme”. Esto, resuelto, unívoco y sin ambigüedad. Y pienso que sólo el uso de nuestro pequeño círculo, no euleriano sino reformado de Euler, nos va a permitir, inscribiendo todo en los contornos, en un paralelismo devorador, *todos los hombres son mortales*, *Sócrates es mortal*, consideren que la reunión de esas fórmulas, la mayor y la conclusión [figura II-11], nos va a permitir distribuir dos campos del sentido, seguramente un campo de significación donde resulta muy natural que Sócrates llegue ahí en paralelo con ese *todos los hombres* y se inserte allí; un campo del sentido también, que se cruza con el primero, y a través del cual se nos plantea el asunto de saber si debemos darle al *es un hombre* que va ahí adentro de manera problemática (aun más para nosotros que para cualquiera), el sentido de que esté en la prolongación de ese traslape del sentido con la significación, a saber, si ser un hombre es o no pedir la muerte, es decir, ver entrar por ahí ese simple problema de lógica y al sólo hacer intervenir consideraciones de significantes, que entre en juego lo que Freud introdujo como pulsión de muerte. Volveré sobre este ejemplo.



Fig. II-11

Hace un momento hablé de Dante y de su topología finalmente ilustrada en su gran poema. Me dije: pienso que si Dante volviera ¡se encontraría a gusto en mi seminario, por lo menos en los años pasados! Quiero decir que no es porque para él todo, de la sustancia y del ser, venga a girar alrededor de lo que se llama el punto, que es el punto a la vez de expansión y desvanecimiento de la esfera, que no le habría parecido supremamente interesante la manera como nosotros hemos interrogado el lenguaje. Porque antes de su *Divina Comedia* escribió *De vulgari eloquentia*<sup>28</sup>. Escribió también la *Vita nova*<sup>30</sup>. Escribió la *Vita nova* en torno al problema del deseo, y en verdad *La divina comedia*<sup>29</sup> no podría comprenderse sin esa antelación. Pero seguramente en el *De vulgari eloquentia* manifestó sin duda alguna, con impasses, sin duda alguna con puntos de fuga ejemplares por los cuales sabemos que no es por ahí que hay que tomar (es por eso que intentamos reformar la topología de las preguntas), manifestó el más vivo sentido del carácter primero y primitivo del lenguaje, del lenguaje materno, dice, oponiéndolo a todo lo que en su época era apego, retorno obstinado a un lenguaje erudito, y para decirlo todo, prelación de la lógica sobre el lenguaje. Todos los problemas de confluencia del lenguaje con lo que se llama el pensamiento, y dios sabe con qué acento, cuando se trata del uno y del otro en el niño, después del señor Piaget por ejemplo, todo reposa en la falsa ruta, en el descarrío, en que caen investigaciones de hecho fulgurantes en lo que toca a los hechos, meritorias en cuanto a los agrupamientos meditados, en la acumulación; todo ese extravío reposa sobre el desconocimiento del orden que existe entre lenguaje y lógica.

Todo el mundo sabe y reprocha a las lógicas, a las primeras en aparecer, y particularmente a la de Aristóteles, el ser demasiado gramaticales, el estar demasiado afectadas por el sello de la gramática. ¡Cuán cierto! ¿No es justamente eso lo que nos indica que es de allí que parten? Hablo hasta de las formas más refinadas, las más depuradas que hemos llegado a darle a esta lógica. Hablo de las lógicas llamadas simbólicas, del lógicomatematicismo, de todo lo más refinado que hemos podido aportar en el campo de la axiomatización, de la logística. Para nosotros el asunto no consiste en absoluto en instalar este orden del pensamiento, ese juego puro y cada vez más ceñido que logramos poner a punto, no sin la intervención de nuestro progreso en las ciencias. No se trata de sustituirlo por el lenguaje, quiero decir, creyendo que el lenguaje en cierta forma no es más que su instrumento. Puesto que todo prueba, y en primer lugar justamente nuestra experiencia analítica, que el orden del lenguaje, y del lenguaje gramatical, puesto que el recurso a la lengua materna, a la lengua primera, aquella que habla espontáneamente tanto el lactante como el hombre del pueblo, no es objeción para Dante, contrariamente a los gramáticos de su época, para ver la importancia exactamente correlativa de la *lingua grammatica*. Es esta gramática la que le importa y es en ella donde no duda en volver a encontrar la lengua pura.

Esta es toda la diferencia, todo el espacio, que habrá entre el modo de abordaje de Piaget y el de alguien como Vigotsky<sup>157</sup>, por ejemplo. Espero que ese nombre no sea extraño aquí a los oídos de todos. Es un joven psicólogo experimental que vivió tras la revolución de 1917 en Rusia, que prosiguió su obra hasta la época de su muerte desafortunadamente prematura en 1934, a los 38 años. Hay que leer ese libro, o bien, ya que planteé la pregunta *¿cómo vamos a trabajar?* será necesario que alguien, y ya diré más adelante en qué condiciones, se haga cargo de esta obra o de alguna otra. De esclarecerla, si puede decirse, a la luz de las grandes líneas de referencia que son aquellas cuyo estatuto intentamos establecer aquí, para ver por una parte qué aporta, si puedo decir qué aporta esta agua a ese molino, y asimismo en qué responde sólo de manera más o menos ingenua. Esta es evidentemente la única manera de proceder en un caso como este, porque si el libro y el método que introduce Vigotsky se distinguen por una gran separación, de hecho tan evidente en los hechos que se sorprende uno de que en el último artículo que creo que se publicó del señor Piaget, aquél que fue publicado en P.U.F. en la compilación de los *Problemas de psicolingüística*<sup>116</sup>, sostenga en suma firmemente, y que pueda responder en un breve escrito que le fue adjuntado al libro, muy en la línea de la evolución de su pensamiento, respecto a la función del lenguaje, que él espera más que nunca que el lenguaje ayude al desarrollo en el niño de conceptos de los que quiere que... (no digo los conceptos ulteriores sino los conceptos, en el niño, tales que él vuelve a encontrar un límite allí en su aprehensión), que esos conceptos estén estrechamente vinculados a una referencia de acción. Que el lenguaje sólo esté allí como ayuda, como instrumento, pero secundario, y nunca se complacerá más que en subrayar su uso inapropiado en el interrogatorio al niño.

Ahora bien, toda la experiencia demuestra lo contrario: que si algo impacta seguramente en el lenguaje del niño que comienza a hablar, no es para nada lo inapropiado sino la anticipación. Es el hecho de que antecedan paradójicamente ciertos elementos de lenguaje, que de hecho sólo deberían aparecer después de que, si puedo decirlo, los elementos de inserción concreta, como se dice, se hayan manifestado suficientemente. Es la antelación de

las partículas, de las pequeñas fórmulas, de los *tal vez no*, de los *sino también* que surgen muy precozmente en el lenguaje del niño, mostrando hasta, por poco que se lo note, un tanto de frescura, de ingenuidad, bajo ciertas luces, las que permitirían decir (y, en últimas, si se necesita traeré documentos) que la estructura gramatical es absolutamente correlativa de las primerísimas apariciones del lenguaje.

Qué significa esto sino que lo que importa no es para nada ver lo que sucede en la mente del niño, seguramente es algo que se realizará con el tiempo, ya que llega a ser el adulto que creemos ser; es que si en un cierto estadio ciertas etapas han de subrayarse en su adecuación al concepto, y aquí nos sorprenderá que alguien como Vygotski, lo digo sólo de pasada, sin sacarle más provecho, por haber justamente planteado su pregunta en los términos que voy a decir, a saber, totalmente diferentes a los de Piaget, se percate de que aun un manejo riguroso del concepto, lo denota con ciertos signos, puede resultar en cierta forma falaz, y que el verdadero manejo del concepto sólo se logra, dice, singularmente, y desafortunadamente sin extraer sus consecuencias, en la pubertad.

Pero dejemos eso. Lo importante sería estudiar, como lo hace Vygotski (lo cual es asimismo para él la fuente de percepción extremadamente rica, así no haya sido explotada en su círculo desde entonces), lo que el niño hace espontáneamente ¿con qué? Con las palabras, sin las cuales seguramente, todo el mundo está de acuerdo, no hay concepto. ¿Qué hace él con las palabras entonces (con esas palabras que se dice que emplea mal)? ¿Mal respecto a qué? Respecto al concepto del adulto que lo interroga, pero que no obstante le sirven para un uso muy preciso: uso del significante. ¿Qué hace con eso? ¿Qué es lo que en él corresponde, como dependiente de la palabra [*mot*], del significante, al mismo nivel en donde va a introducirse retroactivamente, por el hecho de su participación en la cultura que llamamos del adulto, digamos, a través de la retroacción de los conceptos que llamaremos científicos (suponiendo que sean éstos los que ganen al final la partida), qué hace él con las palabras que se parecen a un concepto? Hoy no estoy aquí para resumirles a Vygotski, ya que me gustaría que algún otro lo hiciera. Lo que quiero decirles es esto: que vemos reaparecer el alcance, con toda su frescura, de lo que Darwin<sup>31</sup> descubrió un día con toda su genialidad, lo cual es muy conocido, el caso del niño que empieza, muy al comienzo de su lenguaje, a llamar algo, digamos en francés sería *coin coin*, fonetizado, [si] se trata de un niño americano, se fonetiza *coué*. Que ese *coué* que es el significante que él aísla, yo diría tomado de su fuente original puesto que es el grito del pato, el pato que él comienza por llamar *coué*, lo transpondrá del pato al agua en la cual chapotea. Del agua a todo lo que pueda igualmente llegar a chapotear allí, y sin perjuicio de la forma volátil puesto que ese *coué* designa también a todos los pájaros. ¿Y que termina designando qué? Apuesto lo que quieran: una unidad monetaria marcada con el signo del águila con la cual se la acuñaba en ese entonces, no sé si aun sea así en los Estados Unidos.

Puede decirse que en muchas materias, la primera observación, la que marca, la que se transporta en la literatura, va cargada a veces, en fin, de una especie de bendición. Esos dos extremos del significante que son el grito a través del cual este ser vivo, el pato, se señala, y que comienza a funcionar ¿cómo qué? Quién sabe. ¿Es un concepto? ¿Es su nombre? Es más probable que sea su nombre pues existe un modo de interrogar la función de la denominación y es tomar el significante como algo que se pega o se desprende del

individuo para el cual está hecho para designarlo, y que culmina en esta otra cosa, de la cual yo no creo que sea azar y reencuentro, hallazgo del individuo, que no tenga nada que ver, que sea una participación muy probablemente nula, el que haya conciencia del niño. Que porque al final sea a una moneda que se apegue, no veo en ello ninguna confirmación psicológica. Digamos que veo en ello, si puedo decirlo, el augurio de lo que guía siempre el hallazgo cuando no se deja estorbar en su camino por el prejuicio. Aquí Darwin, sólo con haber recogido este ejemplo de la boca de un niño, nos muestra los dos términos, los dos términos extremos en torno a los cuales se sitúan, se anudan y se insertan, tan problemático el uno como el otro, el grito por una parte, y por la otra esto, que les sorprenderá tal vez que les diga que tendremos que interrogarla a propósito del lenguaje, a saber, la función de la moneda. Término olvidado en los trabajos de los lingüistas pero del que está claro que antes de ellos, y en aquellos que han estudiado la moneda, en su texto, se ve venir en su pluma, en cierta forma necesariamente, la referencia con el lenguaje, el lenguaje, el significante como garantía de algo que sobrepasa infinitamente el problema del objetivo, que no es tampoco ese punto ideal, en donde podemos ubicarnos, de referencia a la verdad.

Ustedes saben que de este último punto, la discriminación, el tamiz, la criba para aislar la proposición verdadera, es de donde parte Bertrand Russell, es el principio de toda su axiomática, y esto ha dado tres enormes volúmenes que se llaman *Principia matemática*<sup>140</sup>, lectura absolutamente fascinante si son ustedes capaces de sostenerse al nivel de la pura álgebra durante tantas páginas, pero parece que ante al progreso mismo de las matemáticas, el beneficio de éstos no ha sido absolutamente decisivo. Esto no es asunto nuestro. El nuestro es el siguiente: el análisis que Bertrand Russell hace del lenguaje. Pueden ustedes remitirse a más de una de sus obras. Les doy una que rueda actualmente por todas partes, pueden comprarla, es el libro *Significación y verdad*<sup>138</sup> publicado en Flammarion. Allí verán que al interrogar las cosas a la luz de esta pura lógica, Bertrand Russell concibe el lenguaje como una superposición, un andamiaje de número indeterminado de una sucesión de metalenguajes, donde cada nivel proposicional se halla subordinado al control, a que se retome la proposición en un escalonamiento superior, en donde, como proposición primera, es puesta en duda. Por supuesto, esquematizo esto al extremo, cuya ilustración pueden encontrarla en la obra. Pienso que esta obra, así como de hecho cualquiera de las obras de Bertrand Russell, es ejemplar en esto: al llevar hasta sus últimas consecuencias lo que yo llamaría la posibilidad misma de un metalenguaje, demuestra su absurdo, precisamente por el hecho de la afirmación fundamental de donde partimos aquí y sin la cual no habría en efecto ningún problema de las relaciones del lenguaje con el pensamiento, del lenguaje con el sujeto, que es el siguiente: que no hay metalenguaje.

Todo tipo de abordaje, incluyendo el abordaje estructuralista en lingüística, está incluido él mismo, depende él mismo, es él mismo secundario, está en pérdida él mismo respecto al uso primero y puro del lenguaje. Todo desarrollo lógico, cualquiera que sea, supone en el origen el lenguaje del cual se desprendió. Si no nos sostenemos firmes en ese punto de vista, toda pregunta que nos planteamos aquí, toda la topología que intentamos desarrollar es perfectamente vana y fútil, y no importa quién, Piaget, Russell, todos tienen razón. El único problema es que ninguno de ellos logra entenderse con ningún otro.

¿Qué hago aquí? ¿Y por qué prosigo este discurso? Lo hago por estar comprometido en una experiencia que lo necesita definitivamente. ¿Pero cómo puedo continuarlo si según las premisas mismas que acabo de reafirmar sólo puedo sostener este discurso desde un lugar esencialmente precario, a saber, que asumo esta enorme audacia en la que, créanme, siento que lo arriesgo todo a cada vez, lugar propiamente insostenible, que es el del sujeto? En eso nada puede compararse con la llamada posición del profesor. Quiero decir que la posición de profesor, en la medida en que pone entre sí y el auditorio una cierta suma enmarcada, segura, fundada en la comunicación, forma ésa de cierta manera intermedia, barrera y cobijo, y que habitúa precisamente, que favorece, que lanza a la mente por vías que son las que pude denunciar muy brevemente hace poco al decir que eran las de Piaget.

Ustedes saben que hay un problema de los psicoanalistas. Entre los psicoanalistas suceden cosas, algunas bastante cómicas, hasta diría: farsas, tal como lo recordé al comienzo de mi seminario del año pasado, como la que me sucedió durante tres años: tener en primera fila del seminario que sostenía en Saint-Anne, una sarta de personas que no se perdían una, ni tampoco una sola de las articulaciones de lo que yo profería, ¡al mismo tiempo que trabajaban activamente para que yo fuese excluido de su comunidad! Esta es una posición extrema y en verdad para explicarla sólo puedo recurrir a una dimensión muy precisa que llamé la farsa y que en otro momento situaré. Se habría necesitado otro contexto para que yo pueda decir como Abelardo: *Odium mundo me fecit logica*<sup>1</sup>. Tal vez esto pueda comenzar aquí, pero entonces no era de eso de lo que se trataba.

Se trata de lo siguiente: de un incidente un poco mayor, entre otros que pueden ocurrir todo el tiempo en lo que se llama las sociedades analíticas. ¿Por qué ocurre esto? En último término porque si la fórmula que yo doy de las relaciones del sujeto con el sentido es verdadera, si el psicoanalista está ahí, en el análisis, como todo el mundo sabe que está (se olvida sin embargo qué quiere decir eso) para representar el sentido en la medida justa en que en efecto lo representará, y ocurre que el psicoanalista, bien o mal formado, y con el tiempo cada vez más, armoniza con esta posición, en esta misma medida, con lo cual quiero decir: a nivel de los mejores, ¡juzguen un poco qué puede ocurrir con los demás! En condiciones normales los psicoanalistas no se comunican entre ellos. Es decir, que si el sentido (esa es mi referencia radical) es lo que ya aproximé en otra parte hablando del *Witz* de Freud, que ha de caracterizarse en un orden que aunque ciertamente es comunicable, no es codificable con los medios de la comunicación científica aceptados actualmente, los cuales la última vez llamé, evoqué, hice puntuar bajo el término de no-sentido, como constituyendo la faz aterida, la abrupta, donde se marca este límite entre el efecto del significante y lo que le retorna por reflexión de efecto significado, si, en otros términos, en alguna parte hay *un no sentido/un paso de sentido*<sup>iii</sup>, éste fue el término del que me serví a propósito del *Witz*, jugando con la ambigüedad de la palabra *pas*, negación, a la palabra *pas*, sobrepaso, nada prepara al psicoanalista para discutir efectivamente su experiencia con el vecino. Ésa es la dificultad pero no digo que sea infranqueable, puesto que estoy aquí para intentar trazar sus vías. Ésa es la dificultad, que de hecho salta a la vista; basta simplemente con saber formularla: dificultad de la institución de una ciencia psicoanalítica.

---

<sup>iii</sup> *pas de sens*

Este impasse, que manifiestamente ha de ser resuelto por medios indirectos, por supuesto, se lo suple con todo tipo de artificios. Ahí es justamente donde está el drama de la comunicación entre analistas. Porque claro, está la solución de las palabras clave, y de cuando en cuando eso aparece. No a menudo. De cuando en cuando aparece. Melanie Klein introdujo un cierto número y luego, en cierta forma, podría decirse que yo mismo... el significante ¿es tal vez una palabra clave? No. ¡Justamente no! Pero desistamos. La solución de las palabras clave no es ninguna solución aunque sea aquella con la que se contenta una buena parte. Si planteo esta solución de las palabras clave es porque no sólo los analistas necesitan hallar la huella tras la cual andamos hoy.

Bertrand Russell, para componer su lenguaje hecho del andamiaje del edificio babélico de metalenguajes superpuestos, ¡bien necesita de una base! Inventó entonces el lenguaje objeto: debe haber un nivel en que el lenguaje es en sí mismo puro objeto (desafortunadamente nadie es capaz de asirlo). ¡Los reto a que planteen una sola conjunción de significantes que pueda tener esta función!

Otros, por supuesto, buscarán las palabras clave en otra punta de la cadena. Y cuando hablo de palabras clave en la teoría analítica se tratará de palabras tales como esas. Queda muy claro que no se puede sustentar en ningún sentido ninguna significación que se le dé a ese término. El mantenimiento del no-sentido, como significante de la presencia del sujeto, la *ατοπία* socrática, es esencial para esta búsqueda misma. No obstante, para proseguirla, en la medida en que no se ha trazado su vía, el rol de aquel que asume, no aquel del rol del sujeto supuesto saber, sino arriesgarse al lugar en donde falta, es un lugar privilegiado y que tiene derecho a una cierta regla de juego, y en particular esta: que para todos los que vienen a oírlo, algo no sea hecho, en el uso que se hace de las palabras que avanza, con moneda falsa. Quiero decir que un uso imperceptiblemente desviado de tal o cual de los términos que he avanzado en el transcurso de los años ha señalado desde hace tiempo y por adelantado quiénes serían los que trabajarían en lo que sigue y quienes abandonarían en el camino. Y es por eso que no quiero dejarlos hoy sin haberles indicado qué constituyó el objeto de mi preocupación en lo que respecta al público que aquí reúno y de lo cual me felicito.

Con seguridad puede proseguirse esta investigación para el psicoanálisis, de la que hablé este año, manteniéndose en esta región que no es en ningún modo frontera, porque es análoga a esta superficie de la que les hablaba hace poco: su adentro es lo mismo que su afuera. Puede proseguirse esta investigación respecto al punto *x*, el hueco del lenguaje. Se la puede proseguir públicamente, pero es muy importante que haya un lugar donde yo tenga la respuesta sobre lo que ha sido conservado teóricamente de la noción de signo en mi enseñanza, que finalmente sólo había quedado tal vez en la palabra [*mot*]; la palabra quería decir algo. Pero para que esto encuentre su lugar, justamente en la medida en que mi auditorio se ha ampliado, tomé la decisión siguiente: el cuarto y quinto miércoles (cuando haya), los miércoles son los días en que tengo el honor de entretenerlos, el cuarto y el quinto serán sesiones cerradas. Cerradas no quiere decir que haya quien quede excluido, sino que se lo admite por solicitud. En otras palabras, dado que esto no comenzará este mes, por el hecho de que no habrá cuarto miércoles, sólo les hablaré la próxima vez y no el 23.

El cuarto miércoles de enero, toda persona que se presente aquí y, quién sabe, no hay razón alguna para que no sean igual de numerosos, pero ¿no es seguro que todos los que están aquí me lo soliciten? La relación  $\$D$ , que queda a la derecha del grafo de cuya existencia están enterados por lo menos algunos de ustedes, tiene [sic], en un discurso tal y como el que aquí prosigo, y cuya función análoga aunque invertida de la relación analítica pienso haberles esbozado lo suficiente, plantea como estructurante, sano y normal, que en un cierto orden de trabajos participen personas que me han formulado la solicitud. Advierto que estaré completamente abierto a esas solicitudes, considerándome libre para convocar a la persona y abordar con ésta su buena ley y su medida. Y será provisto de una carta que sanciona el hecho de que he accedido a su solicitud como se llegará aquí, el cuarto y el quinto miércoles hasta el final del año, lo que dará, ya lo calculé, ocho de esas sesiones, para trabajar según una modalidad en la que, lo indico desde ahora, tendrá que darle a algunos (y desearía encontrar quién quisiera ayudarme en eso) la palabra en mi lugar.

Traducción: Pio Eduardo Sanmiguel Ardila. Colaboraron en la revisión de la traducción y de esta versión en español: Belén del Rocío MORENO CARDOZO, Carmen Lucía DÍAZ LEGUIZAMÓN, Eduardo ARISTIZÁBAL CARDONA, Javier JARAMILLO GIRALDO, Mario Bernardo FIGUEROA MUÑOZ, Pilar GONZÁLEZ RIVERA, Tania ROELENS HRNCIROVA. Posteriormente he recibido precisiones, anotaciones, correcciones de Sylvia de Castro K., Myriam Cotrino y Luisa Matallana L., a quienes agradezco sinceramente el haberse tomado el tiempo para anotar sus dudas y enviarlas a este correo.

Esta traducción continúa en proceso; así que, cualquier duda, comentario y/o precisión serán bienvenidos; comuníquelos, por favor, a la siguiente dirección electrónica:

[pioeduardo.sanmiguelardila@gmail.com](mailto:pioeduardo.sanmiguelardila@gmail.com)